

EDUCACIÓN DE ADULTOS EN EL SERVICIO MILITAR ESPAÑOL

Adult education during Spanish conscription

Fernando PUELL DE LA VILLA
IU Gral. Gutiérrez Mellado, UNED

Fecha de aceptación de originales: Enero de 2002
Biblid. [0212-0267 (2001) 20; 307-331]

RESUMEN: Análisis de las aportaciones del servicio militar a la educación de adultos durante la segunda mitad del siglo XX. Reseña los orígenes y la labor de alfabetización realizada hasta 1950, la aportación a las campañas alfabetizadoras de los años cincuenta y la génesis y resultados del Programa de Extensión Cultural de las Fuerzas Armadas iniciado en el contexto del I Plan de Desarrollo del franquismo, prorrogado después mediante sucesivos convenios interministeriales de colaboración educativa. También contempla los cursos de Promoción Profesional en el Ejército de los años sesenta, programa filial del PPO, con una breve referencia a los de formación profesional y ocupacional para la tropa, ofertados por el Ministerio de Defensa desde comienzos de la década de los noventa y orientados básicamente a la inserción laboral del soldado.

PALABRAS CLAVE: España, historia militar, siglo XX, servicio militar obligatorio, alfabetización, educación de adultos, promoción profesional obrera.

ABSTRACT: Account of the Spanish conscription contributions to adult education during the second half of the 20th century. It will be emphasized that this role began well before 1950, went along through the fifties and changed its aims and methods when francoist Spain sought swift development in the early sixties. The basic literacy of draftees was extended to provide them with primary education and this same task, named Armed Forces Cultural Extension Program, was later recycled and renovated by the advanced adult education policy of the Transition governments. The study will also pay attention to the intensive professional training courses developed in barracks, supported by the Ministry of Labour during the sixties, and those later organized by the Ministry of Defence to fulfill civilian life employment demands of professional soldiers.

KEY WORDS: Spain, military history, 20th century, conscription, literacy, adult education, intensive professional training.

Introducción

UN PRESTIGIOSO HISTORIADOR de la educación recomienda que los futuros investigadores de esta especialidad amplíen el horizonte de sus estudios, analicen todo tipo de «fenómenos educacionales» y no dejen de prestar atención a la acción pedagógica desarrollada por entidades e instituciones no directamente relacionadas con la educación¹.

En consonancia con dichas recomendaciones, el presente artículo tratará de suscitar el interés de cuantos cultivan esta disciplina hacia la ingente labor realizada por los ejércitos en materia de educación de adultos durante el largo período de vigencia del servicio militar obligatorio: 1837-2001.

La escasa dedicación a los estudios de historia militar ha sido y continúa siendo un mal endémico y propio únicamente de nuestro país. Por ello no debe extrañar que la historiografía castrense cuente con un solo artículo científico² y una única monografía sobre dicha experiencia educativa³, más otro breve artículo divulgativo publicado hace unos meses⁴.

Por su parte, los historiadores de la educación, que dicen compartir la misma marginación que los investigadores de lo militar⁵, no han abordado esta temática, ni han tenido en cuenta que el Ejército se adelantó al resto de administraciones públicas en atender y dotar presupuestariamente la educación reglada de adultos (la primera reglamentación de escuelas de primeras letras para la tropa data de 1844)⁶ y que el servicio militar ha sido durante casi un siglo el principal instrumento de alfabetización del país en cifras absolutas y relativas, como este artículo intentará poner de relieve.

Tanto se ha desatendido este importante y fructífero fenómeno educativo que sólo dos autores han hecho una escueta referencia a él: uno para dejar constancia de que el Ejército y la Armada colaboraron en las campañas de alfabetización promovidas por el Ministerio de Educación Nacional entre 1950 y 1962⁷, y otro para

¹ ESCOLANO, Agustín: «La historiografía educativa. Tendencias generales», en GABRIEL, Narciso de y VIÑAO FRAGO, Antonio (eds.): *La investigación histórico-educativa: tendencias actuales*, Barcelona, Ronsel, 1997, p. 73.

² LOSADA MÁLVAREZ, Juan Carlos: «El Ejército, escuela, hogar y taller: la formación acelerada de mano de obra a través del servicio militar durante el franquismo tecnocrático», *Historia 16*, Madrid, 207 (1993), pp. 12-19.

³ QUIROGA VALLE, M.^a Gloria: *El papel alfabetizador del Ejército de Tierra español (1893-1954)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1999, 240 pp.

⁴ REDONDO DÍAZ, Fernando: «Instrucción de adultos en el Ejército», *Revista Española de Defensa*, Madrid, 156 (2001), pp. 56-62.

⁵ VIÑAO FRAGO, Antonio: «De la importancia y utilidad de la historia de la educación (o la responsabilidad moral del historiador)», en GABRIEL y VIÑAO: *La investigación...*, *op. cit.*, p. 17.

⁶ «Orden Circular de 24 de enero de 1844 del General Inspector de Infantería: Persuadido de la utilidad que proporciona al Estado la instrucción de todas las clases que le forman, y deseoso de que el soldado no pase infructuosamente los ocho años que la ley le destina a las armas, sino que aprovechando este tiempo, adquiera conocimientos que luego le sirvan, tanto para utilidad propia como para beneficio del país, he dispuesto que en todos los cuerpos del arma de mi mando se establezcan escuelas en que la tropa pueda aprender a leer y escribir correctamente, rudimentos de gramática castellana y aritmética». *Ordenanzas de S. M. para el Régimen, Disciplina, Subordinación y Servicio de sus Ejércitos*, Madrid, Imprenta de los Señores Andrés y Díaz, 1850, tomo 1, pp. 128-130.

⁷ MORENO MARTÍNEZ, Pedro Luis: «De la alfabetización a la educación de adultos», en ESCOLANO, Agustín (dir.): *Leer y escribir en España: doscientos años de alfabetización*, Madrid, Pirámide, 1992, p. 116.

calificar dicha colaboración de «primer resultado positivo (y prácticamente el único) de toda la política de formación primaria de Ruiz Jiménez»⁸.

Sin embargo, ninguno de los dos se paró a investigar el alcance real de aquella primera colaboración educativa cívico-militar, ni el de la mucho más estrecha e intensa que vino después. Precisamente por ello, el principal objetivo del artículo será el estudio de la vertiente castrense de la citada campaña y el de las más ambiciosas de extensión cultural y formación profesional acelerada que las reemplazaron, anejas estas últimas a los dos primeros Planes de Desarrollo Económico y Social del Franquismo.

Tal delimitación no pretende subestimar lo realizado antes de 1950, sino centrar el análisis en un período apenas investigado, que además enlaza directamente con la época tratada, con mayor amplitud, por la profesora de la Universidad Carlos III de Madrid M.^a Gloria Quiroga Valle en la monografía a la que antes se hizo referencia.

La principal fuente disponible para dicho análisis es el *Anuario Militar de Estadística*, publicado por el Ministerio del Ejército desde 1960 hasta 1979 y por el de Defensa desde ese año. Como suele suceder con esta clase de publicaciones, los técnicos del Servicio de Estadística, responsables últimos de su edición, no han mantenido un criterio estable en la presentación de los registros, lo que dificulta seriamente cualquier investigación. Por ejemplo, los datos correspondientes al Programa de Extensión Cultural —nombre que dieron las Fuerzas Armadas a los cursos de educación permanente de adultos— no comenzaron a registrarse hasta 1968, cuando hay constancia documental de que se iniciaron en 1964, y la serie se interrumpió en 1986, pese a que el programa se hubiera venido realizando hasta 2001.

Otro tanto sucede con los datos recogidos por el boletín titulado *Estadística de Reclutamiento y Reemplazo de los Ejércitos*, cuya localización es más problemática al haberse calificado en su día como material confidencial o «reservado». De 1912 a 1920 se publicó con carácter trienal por el Ministerio de la Guerra; luego dejó de editarse hasta 1954, en que reapareció con periodicidad anual y elaborado por el Instituto Nacional de Estadística; en 1963 lo retomó el Ministerio del Ejército, y pasó a Defensa en 1978, quien lo ha continuado editando hasta 1999.

En el supuesto de que se pretendiera realizar un trabajo más profundo y minucioso del aquí planteado sería preciso acudir al Archivo General Militar de Guadalajara, dependiente del Instituto de Historia y Cultura Militar, destino último de los expedientes personales de la tropa. Su fondo documental es realmente considerable: unos veinte millones de carpetas individuales, correspondientes a la mayor parte de los jóvenes que hicieron la mili desde que, en 1893, se regularon las operaciones de movilización de la reserva y fue necesario conservar su documentación. La información disponible, apenas explotada, es inestimable para el estudio de la historia social y cultural del siglo XX español, al incluir datos antropométricos, sanitarios, familiares, formativos e incluso caligráficos de prácticamente la totalidad de la población masculina.

El artículo, sin embargo, se limitará a esbozar las aportaciones del servicio militar a la educación de adultos durante la segunda mitad del siglo XX, dividiendo la exposición en dos grandes apartados.

⁸ NAVARRO SANDALINAS, Ramón: *La enseñanza primaria durante el franquismo (1936-1975)*, Barcelona, PPU, 1990, p. 164.

El primero de ellos se iniciará con una breve reseña de la labor alfabetizadora desarrollada entre 1950 y 1962, contrastándola con lo realizado desde la Junta Nacional contra el Analfabetismo en el mismo período. A continuación se expondrá, con más detalle, la génesis y resultados del Programa de Extensión Cultural de las Fuerzas Armadas, fruto de la aportación del servicio militar a la Campaña Nacional de Alfabetización y Promoción Cultural de Adultos, promovida por el Ministerio de Educación Nacional en el marco del I Plan de Desarrollo, y prorrogado hasta la fecha al amparo de sucesivos convenios interministeriales de colaboración educativa.

En el segundo se abordarán los denominados cursos de Promoción Profesional en el Ejército (PPE), programa filial del de Promoción Profesional Obrera (PPO) financiado por el Ministerio de Trabajo, otra iniciativa de los Planes de Desarrollo. Los cursos de PPE se impartieron desde 1962 hasta 1975, año en que se interrumpieron debido a la espectacular escalada del desempleo juvenil provocada por la crisis del petróleo de 1973. El apartado se cerrará con una referencia a los cursos de formación profesional reglada y de formación ocupacional para la tropa, que ha venido ofertando el Ministerio de Defensa desde comienzos de la década de los noventa, orientados básicamente a la inserción laboral del soldado de reemplazo y profesional cuando finaliza su compromiso con las Fuerzas Armadas.

Alfabetización y extensión cultural

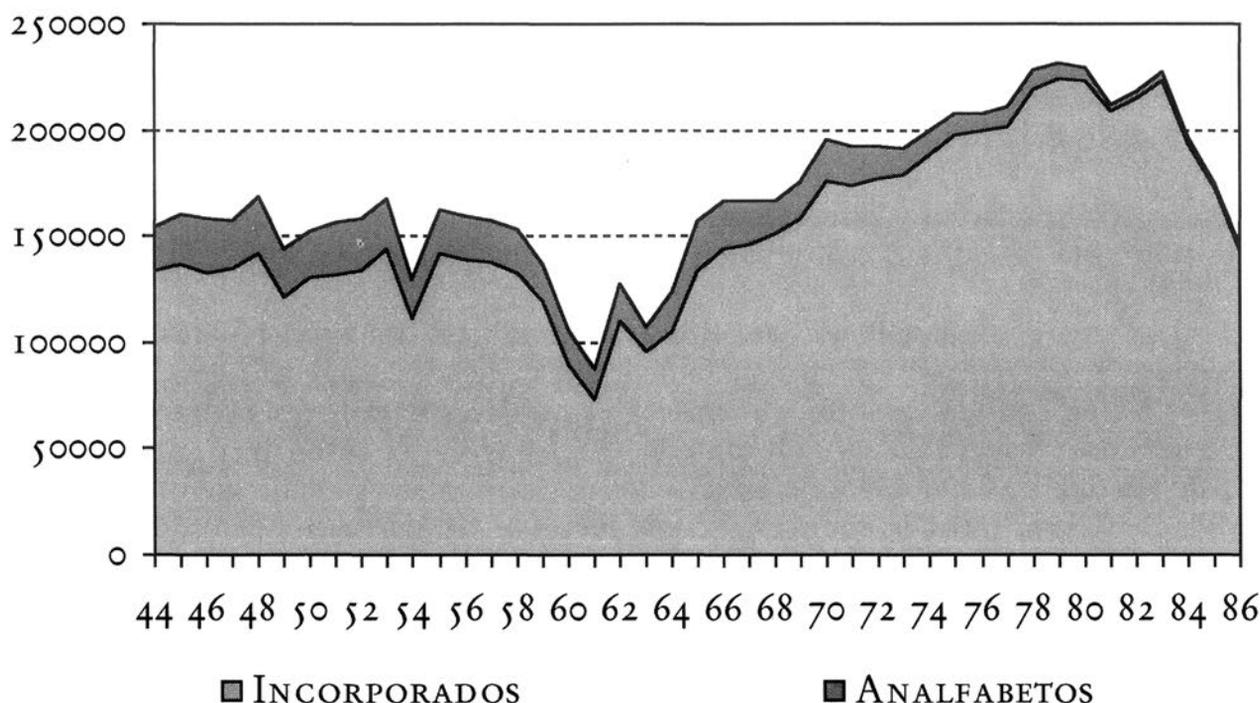
Hasta que hace aproximadamente treinta años se logró la total escolarización de los niños españoles y el analfabetismo pudo considerarse un hecho residual, el cuartel desempeñó un importante papel subsidiario del de la escuela pública en muchos aspectos. Sin embargo, las autoridades educativas no prestaron especial atención a esta realidad social hasta que el ministro Ibáñez Martín decidió el nombramiento del director general de Reclutamiento del Ministerio del Ejército como vocal nato de la Junta Nacional contra el Analfabetismo, creada el 10 de marzo de 1950. Cuatro años después, el 19 de febrero de 1954, Ruiz Jiménez incorporó a la Junta sendos representantes de los Ministerios de Marina y del Aire.

Lamentablemente no ha sido posible hasta el momento contabilizar la aportación del servicio militar obligatorio a la alfabetización de la población decimonónica. En 1823, las Cortes del Trienio decretaron la creación de escuelas «lancasterianas» en los cuarteles, que no llegaron a funcionar, y en 1844, como ya se ha señalado, se organizaron escuelas de primeras letras para soldados, probablemente en respuesta a lo dispuesto por la Ley de Instrucción Pública de 21 de julio de 1838. La abundantísima literatura militar de la Restauración las describió con detalle y se ufano de la importante acción social que desarrollaban. Incluso se conserva alguna fotografía de aquellas aulas cuarteleras, amplias, luminosas y bien amuebladas y acondicionadas⁹.

Sin embargo, no hay datos mínimamente fiables sobre el número de jóvenes que se beneficiaron de aquellas instalaciones hasta el reemplazo de 1905, cuando se

⁹ *El Ejército Español. Colección de fotografías instantáneas. 288 autotipias reflejo de la vida de cuartel y de campaña de nuestros soldados*, Barcelona, Luis Tasso [1894], lámina 16.

GRÁFICO N.º 1: CUPOS ANUALES Y NÚMERO DE ANALFABETOS



empezaron a recoger en las series publicadas por la primera *Estadística de Reclutamiento y Reemplazo de los Ejércitos*. En contraposición, varias naciones europeas (Alemania, Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Italia, Suecia y Suiza), cuyos ejércitos también se ocuparon de alfabetizar a sus hombres, dejaron constancia de la labor realizada en revistas y boletines. Resulta particularmente envidiable la riqueza de fuentes primarias e impresas del ejército francés a este respecto, que ha fructificado en un ejemplar trabajo de investigación¹⁰.

Bien es cierto que hasta 1904 el Ministerio del Ejército no asumió como propia y dio rango legal a la labor alfabetizadora que los regimientos venían realizando¹¹. Cabría preguntarse por qué precisamente en este momento. El profesor Ruiz Berrio ha señalado que el proceso de alfabetización se activó desde que ese mismo año se sustituyeron las *escuelas* de adultos por las *clases* de adultos¹². Sin embargo, no deben desecharse otras posibles hipótesis, de carácter estrictamente castrense, que relacionarían la iniciativa ministerial con las consecuencias del Desastre del 98.

Éste dio lugar a una crisis de carácter casi existencial en las Fuerzas Armadas. Muchos militares llegaron a convencerse de que el ejército no iba a volver a «servir nunca para nada», de que las maniobras y la instrucción militar sólo eran

¹⁰ FURET, François y OZOUF, Jacques (dirs.): *Lire et écrire: l'alphabétisation des Français de Calvin à Jules Ferry*, París, Minuit, 1977, 2 vols.

¹¹ Real Orden circular de 4 de junio de 1904, *Colección Legislativa del Ejército*, n.º 86.

¹² RUIZ BERRIO, Julio: «Alfabetización y modernización social en la España del primer tercio del siglo XX», en ESCOLANO: *Leer y escribir en España...*, op. cit., p. 107.

«pamplinas para pasar el rato»¹³. No debe descartarse por tanto que el mando hubiera contemplado la tarea de alfabetizar al soldado como instrumento idóneo para persuadir a los oficiales de que seguían siendo útiles a la sociedad.

En segundo lugar, dado su patente contenido social, la orden también pudo obedecer a la necesidad de neutralizar, de algún modo, la oleada de antimilitarismo que embargó a la sociedad española cuando conoció de primera mano el pavoroso estado físico y moral de los soldados repatriados de ultramar. El sentimiento antimilitarista arraigó con más fuerza en la sociedad rural, muy afectada por la catástrofe ultramarina y principal proveedora de reclutas, con lo que su alfabetización durante el servicio militar bien pudo contemplarse como un eficaz método de paliarlo.

Desde 1904 los capellanes de todos los cuarteles se afanaron por instruir a los soldados analfabetos por la tarde, auxiliados por oficiales, sargentos y cabos voluntarios¹⁴. La Segunda República mantuvo estas clases para formar «hombres más conscientes y capacitados»¹⁵. Durante la Guerra Civil, la enseñanza se trasladó al mismo frente de batalla, donde 2.200 milicianos voluntarios alfabetizaron a 105.000 soldados¹⁶. Finalizada la contienda, las escuelas se regularon minuciosamente y se introdujo la novedad de que los analfabetos no podrían licenciarse, ni disfrutar de permisos¹⁷.

¿Qué efectividad real tuvo esta labor social? Gloria Quiroga, a partir de una muestra de 50.000 expedientes del Archivo de Guadalajara, ha llegado a la conclusión de que el servicio militar hizo disminuir la tasa de analfabetos en cinco puntos porcentuales de media durante la primera mitad del siglo XX¹⁸. La conclusión es discutible y la propia autora matiza su total fiabilidad¹⁹. Pero, aun dando como válida la cifra del cinco por ciento, nunca se llegó a alcanzar el objetivo de que ningún soldado se licenciara sin saber leer y escribir.

No obstante, los datos estadísticos disponibles, correspondientes al período 1944-1962, no dejan de ser espectaculares. Durante esos diecinueve años realizaron el servicio militar 2.799.802 hombres, de los que 401.156 —el 14,32 por ciento— eran analfabetos absolutos, es decir, no sabían leer ni escribir²⁰. En el momento de

¹³ MOLA VIDAL, Emilio: «El pasado, Azaña y el porvenir», en *Obras completas*, Valladolid, Santarén, 1940, p. 976.

¹⁴ Muy probablemente la ejemplar dedicación de los capellanes castrenses a esta tarea respondió a las directrices de las pastorales del episcopado español sobre la materia, inspiradas en la encíclica social *Rerum Novarum*. Cfr. HERNÁNDEZ DÍAZ, José María: «Alfabetización y sociedad en la revolución liberal española», en ESCOLANO: *Leer y escribir en España...*, op. cit., p. 81.

¹⁵ Orden circular de 17 de marzo de 1932, *Colección Legislativa del Ejército*, n.º 146.

¹⁶ MORENO MARTÍNEZ: «De la alfabetización...», op. cit., p. 114.

¹⁷ Decreto de 6 de abril de 1943, arts. 368-371, *Colección Legislativa del Ejército*, n.º 91.

¹⁸ QUIROGA VALLE: *El papel alfabetizador...*, op. cit., pp. 165-168.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 142 y ss.

²⁰ A partir de 1959, los analfabetos se clasificaron en *absolutos*: los que no sabían leer ni escribir, y *relativos*: los que leían y eran capaces de escribir palabras, sin llegar a interpretar lo escrito. *Trabajos de la II Reunión de Estudios sobre Analfabetismo y Educación Fundamental*, Madrid, Publicaciones de la Junta Nacional contra el Analfabetismo, 1960, p. 25. No obstante, los campamentos de reclutas hacía varios años que los venían clasificando por niveles: a) analfabetos absolutos, b) saben leer, c) leen y escriben con algunas deficiencias, d) escriben aceptablemente y saben sumar y restar, e) cultura suficiente para su propio desenvolvimiento, y f) cultura suficiente para colaborar en la enseñanza de sus compañeros. Cfr. VICENTE IZQUIERDO, Juan A.: «La organización de la enseñanza en los Campamentos de reclutas», *Revista Ejército*, Madrid, 155 (1952), p. 5.

licenciarse, 358.837 —el 89,45 por ciento— habían sido alfabetizados y sólo 42.683, poco más de la décima parte, no lograron «redimirse» —como rezaba la literatura oficial— de su condición²¹.

Comparar estas cifras con lo realizado desde otros ámbitos educativos no es tarea fácil. Los primeros datos globales, propagandísticos y por tanto medianamente fiables, son los de las campañas de la Junta Nacional contra el Analfabetismo. Según éstos, el número total de adultos alfabetizados entre 1950 y 1962 se elevó a 650.000, sin especificar su sexo²². También existe constancia documental de que el Frente de Juventudes de la Falange se preció de haber alfabetizado a 11.000 adultos durante los años cuarenta y cincuenta²³. Contrástense ambas cifras, sin duda magnificadas, con la de 219.230 soldados alfabetizados —un tercio del total anterior—, rigurosamente contabilizados por la estadística militar, para hacerse una idea del peso relativo del servicio militar en la campaña de 1950-1962.

Hacia 1960 la situación cambió radicalmente. El Ministerio de Educación Nacional se comprometió a abordar el problema con seriedad y abundancia de medios: «Es una necesidad urgente de nuestro tiempo acabar con el analfabetismo para que todo español posea la cultura elemental indispensable a una integración activa y eficaz en la comunidad nacional»²⁴. Y en 1961, el I Plan de Desarrollo Económico y Social le encomendó la puesta en marcha de una Campaña Nacional de Alfabetización y Promoción Cultural de Adultos²⁵, campaña que será la única iniciativa educativa merecedora de elogios por el siempre crítico Navarro Sandalinas: «El mejor trabajo que el franquismo realizó en materia de enseñanza primaria», en opinión de este autor²⁶.

Es suficientemente conocido que la total escolarización de los niños españoles hasta los catorce años sólo llegó a ser efectiva desde la implantación de la Ley General de Educación de 6 de agosto de 1970²⁷, y también que las escuelas unitarias, cuyo precario currículo tanto influía en el bajo nivel educativo y cultural de la población rural, no desaparecieron definitivamente hasta la época de la Transición democrática²⁸.

Debido en parte a estos factores, España abordó la década de los sesenta con una tasa oficial de analfabetismo neto masculino (mayores de diez años) del ocho por ciento, que doblaba la de Francia o Italia, y con una tasa de escolarización infantil ciertamente deficitaria²⁹.

²¹ *Anuario Militar de Estadística*, Madrid, Ministerio del Ejército, 1960, *passim*.

²² MORENO MARTÍNEZ: «De la alfabetización...», *op. cit.*, p. 121.

²³ «Conclusiones aprobadas en la I Reunión de Estudios sobre el Analfabetismo. Ciudad Real, abril de 1956. Tema octavo, F: El Frente de Juventudes y la lucha contra el analfabetismo», en *Legislación y orientaciones técnicas*, Madrid, Publicaciones de la Junta Nacional contra el Analfabetismo, 1960, p. 146.

²⁴ *Trabajos de la II Reunión de Estudios...*, *op. cit.*, p. 23.

²⁵ Sobre sus objetivos, desarrollo y resultados, cfr. MORENO MARTÍNEZ: «De la alfabetización...», *op. cit.*, pp. 121-124.

²⁶ *La enseñanza primaria...*, *op. cit.*, p. 229.

²⁷ En el curso escolar 1972-73 la tasa de escolarización era ya del 97 por ciento, aunque en el de 1974-75 todavía quedaban 524.330 niños escolarizados en condiciones precarias. *Ibid.*, p. 277.

²⁸ VIÑAO FRAGO, Antonio: *Innovación pedagógica y racionalidad científica: la escuela graduada pública en España (1898-1936)*, Madrid, Akal, 1990, p. 9.

²⁹ Los datos estadísticos utilizados se ceñirán a la población masculina únicamente, dado que habrán de servir como término de comparación para un colectivo compuesto exclusivamente por hombres.

No es fácil calcular este déficit. El censo de 1960, que no especifica edades, registra 2.019.616 niños matriculados en primaria, 47.476 en escuelas de aprendizaje y otros 379.435 cursando bachillerato elemental y superior, lo que supondría una población total escolarizada en primaria y secundaria de 2.446.527 niños, presumiblemente mayores de seis y menores de diecisiete años, sin que sea posible determinar cuántos de ellos superaban los catorce³⁰.

Por su parte y para el curso escolar 1961-62, la Comisaría del Plan de Desarrollo estimó una población infantil masculina de 2.800.160 potenciales alumnos de seis a diez años, más otros 475.779 entre los once y catorce, es decir, preveía la necesidad de 3.275.939 plazas de primaria y bachillerato elemental³¹. Hipotéticamente, por tanto, el déficit podría fluctuar entre un mínimo de 829.412 y un máximo de 1.256.323 plazas de primaria, según se compute o no la matrícula de escuelas de aprendizaje e institutos de bachillerato, cuya distribución por edades se desconoce. En cualquier caso ambas cifras hablan por sí solas y evidentemente demuestran la precariedad de aquel sistema educativo.

A lo anterior cabe añadir que el absentismo escolar continuó siendo un problema gravísimo hasta esas mismas fechas. Las estadísticas oficiales manejadas por Navarro Sandalinas, que lo cifran en el diez por ciento de los matriculados para las décadas de los cincuenta y los sesenta³², pecan de optimismo con respecto a lo que pudo ser la situación real de la escuela española de la época, si damos credibilidad a los resultados de una encuesta realizada en 1965 a 10.833 soldados, nacidos en 1943 y 1944 y procedentes de las actuales Comunidades Autónomas de Castilla-La Mancha, Extremadura, Galicia y Madrid.

La encuesta registra 2.204 analfabetos —el 20,35 por ciento de la muestra, lo que de por sí pone en entredicho los datos censales—, de los cuales sólo ocho achacaron su analfabetismo a la carencia de escuela. Los otros 2.196 lo atribuyeron a problemas de absentismo. El diez por ciento de éstos habían faltado habitualmente a clase por vivir a más de tres kilómetros de la escuela y un trece por ciento porque sus padres no se preocuparon de que asistieran³³. Por último, nada menos que las tres cuartas partes de los encuestados —1.670 soldados— afirmaron que sólo acudían a la escuela esporádicamente, cuando se lo permitía su trabajo³⁴.

El problema no era pues afrontar exclusivamente la alfabetización de lo que ya era sólo una importante minoría de la población adulta, sino lograr que el conjunto de la sociedad alcanzara un nivel cultural equiparable al avalado por el Certificado de Estudios Primarios (CEP).

Éste fue el principal objetivo de la Campaña Nacional de Alfabetización y Promoción Cultural de Adultos, para cuyo éxito las autoridades educativas no

³⁰ *Censo de la población y de las viviendas de España según la inscripción realizada el 31 de diciembre de 1960*, Madrid, INE, 1969, tomo III, pp. 0-17 y 0-20.

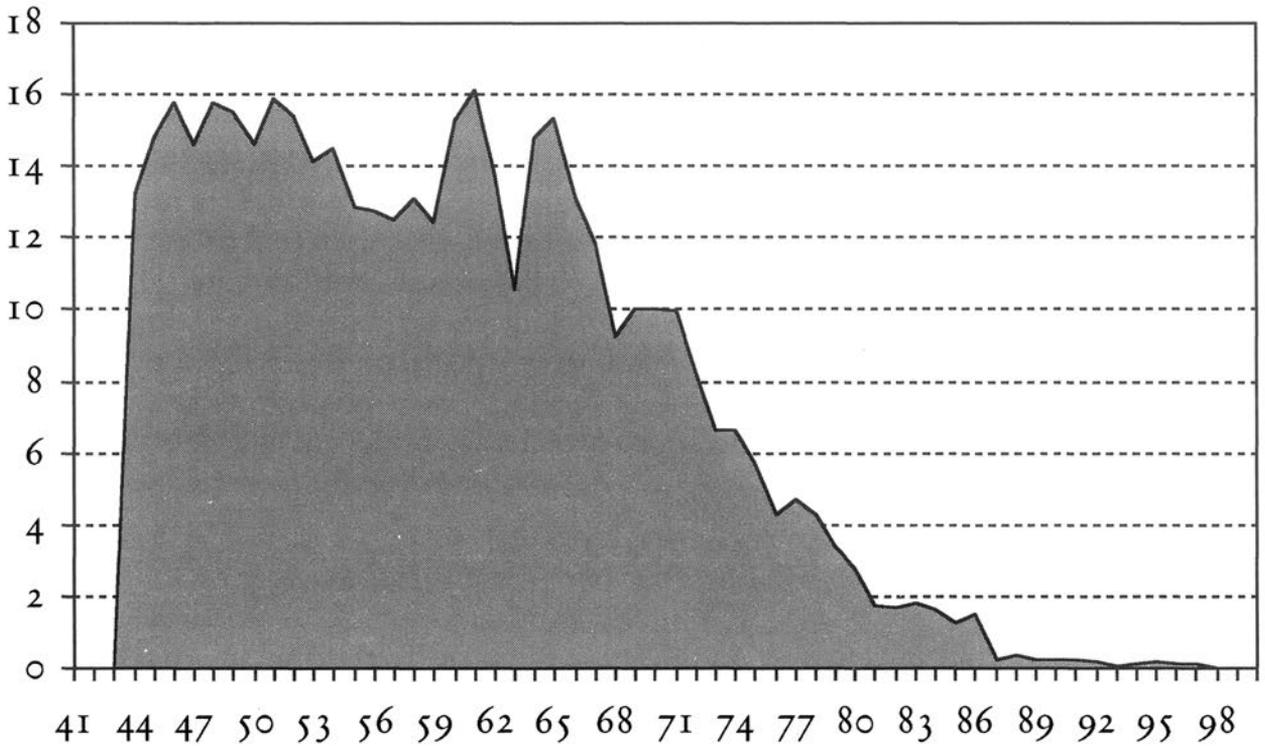
³¹ *Enseñanza y Formación Profesional. Investigación científica y técnica. Anexo al Plan de Desarrollo Económico y Social. Años 1964 a 1967*, Madrid, Comisaría del Plan de Desarrollo, 1964, pp. 19-23.

³² *La enseñanza primaria...*, *op. cit.*, pp. 158-171.

³³ Este dato corrobora que la carencia de plazas escolares no fue la principal o única causa de la precariedad educativa del país, sino que la falta de demanda de educación por parte de la sociedad sería otro factor clave a tener en cuenta. Cfr. NÚÑEZ, Clara Eugenia: *La fuente de la riqueza: educación y desarrollo económico en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1992, p. 286.

³⁴ MONGE UGARTE, José: «La extensión cultural en el Ejército», *Revista Ejército*, Madrid, 331 (1967), p. 10.

GRÁFICO N.º 2: PORCENTAJE DE SOLDADOS ANALFABETOS



dudaron en utilizar la larga experiencia y tradición alfabetizadoras de las Fuerzas Armadas. En prueba de ello, el Alto Estado Mayor, como órgano de coordinación de los ministerios militares, recibió en 1961 el encargo de adecuar el currículo que estaba elaborando el Ministerio de Educación al peculiar ámbito del servicio militar³⁵.

Dos años después la Presidencia del Gobierno, en la disposición interministerial que reguló la campaña, incorporó a la Junta Nacional de Alfabetización a un nuevo vocal en representación del Alto Estado Mayor, que se sumaba a los tres que llevaban la voz de los ministerios militares desde 1954, exigió la posesión del CEP a los soldados voluntarios, y modificó de forma sustancial la disposición del Reglamento para el Reclutamiento y Reemplazo del Ejército de 1943 que impedía el licenciamiento de los analfabetos:

Los reclutas de cualquiera de los Ejércitos que carezcan del Certificado de Estudios Primarios o del de Escolaridad no podrán disfrutar de permisos mientras no hayan demostrado su aprovechamiento en los cursos o enseñanzas que se les den, y sufrirán recargo del tiempo de servicio necesario hasta obtener el Certificado de Aprovechamiento en los cursos que a tal fin organicen los Ejércitos, que servirá a todos los efectos como Certificado de Escolaridad³⁶.

³⁵ Orden de 18 de octubre de 1961, creando la Comisión Interministerial para la aplicación de la Extensión Cultural a las Fuerzas Armadas, *Colección Legislativa del Ejército*, n.º 248.

³⁶ Decreto de 10 de agosto de 1963, art. 17, *Colección Legislativa del Ejército*, n.º 76.

En cumplimiento de lo anterior, en 1964 los ejércitos incorporaron con carácter experimental a sus planes de instrucción el denominado desde entonces Programa de Extensión Cultural, que ponía término a ciento veinte años de labor exclusivamente alfabetizadora³⁷.

Según lo previsto por el programa, los soldados debían acreditar documentalmente hallarse en posesión del CEP en el momento de incorporarse al Centro de Instrucción de Reclutas (CIR). Allí, el primer día hábil de instrucción se sometía a una sencilla prueba de lectura y escritura a cuantos carecieran del citado título, o no lo tuvieran en su poder, dirigida a detectar a los analfabetos absolutos y relativos³⁸. Quienes la superaban debían realizar el examen de cultura general diseñado por los responsables de la Campaña Nacional, cuyo formato y nivel de dificultad era idéntico al que los maestros alfabetizadores utilizaban en el resto de escuelas de adultos³⁹.

Ambas pruebas permitían clasificar a los reclutas en tres niveles educativos:

- a) analfabetos absolutos y relativos,
- b) con instrucción primaria incompleta (IPI), y
- c) con instrucción primaria completa, pero sin titulación (IPC).

En 1966 se reguló definitivamente el Programa de Extensión Cultural, una de cuyas principales novedades fue la activa participación de los maestros incorporados al servicio militar en la enseñanza de sus compañeros de filas, desplazando a los capellanes de esta tarea. La norma de la Presidencia del Gobierno que dio carácter oficial a su inclusión en el programa previó también premiarles con el empleo de cabo y equiparó su labor docente a la realizada por el resto de maestros alfabetizadores⁴⁰.

Poco después, el Ministerio del Ejército dispuso que los maestros se distribuyeran entre los diversos CIR's en función del número de reclutas analfabetos y con instrucción primaria incompleta incorporados, se dedicaran «única y exclusivamente a la enseñanza» y quedaran «rebajados de todo servicio». La misma orden establecía que los alumnos se organizaran en grupos reducidos —de un mínimo de

³⁷ BUSQUETS BRAGULAT, Julio: «El Ejército como escuela», *Revista Ejército*, Madrid, 303 (1965), pp. 5-8.

³⁸ «Prueba A: Se entregará a cada recluta una hoja de papel y lápiz, y se le indicará que lea un texto que el examinador escribirá previamente en un encerado. Acto seguido se le indicará que cumpla por escrito, en la hoja de papel que tiene delante, la orden que aquel texto le dé. Ejemplo: El examinador escribirá en la pizarra el siguiente párrafo: Después que hayas leído este párrafo, cópialo en la hoja de papel que tienes delante; a continuación, escribe los nombres de tres objetos cualesquiera que estés viendo; seguidamente di por escrito cuál es tu diversión preferida». *Instrucción 564-1. Programa de Extensión Cultural*, Madrid, Estado Mayor Central, 1964, anexo II.

³⁹ «Prueba B: Redactada por el Ministerio de Educación Nacional y Reglamentaria en todos los Tribunales de Examen. Consta de las siguientes pruebas: a) Instrumentales (Eliminatoria): Lectura y resumen de lo leído, Ortografía y puntuación, Escritura de redacción, Escritura caligráfica y Cálculo; b) Fundamentales y Complementarias: Preguntas de concepto, del tipo de: ¿Quién es Jesucristo? ¿Qué es el petróleo y su utilización? ¿Qué es el Quijote?, etc., etc., etc.». *Ibid.*

⁴⁰ Decreto de 7 de abril de 1966, sobre el servicio militar de los maestros de Enseñanza Primaria, *Colección Legislativa del Ejército*, n.º 23, y Orden del Ministerio de Educación Nacional de 4 de junio de 1966 regulando el anterior, *Colección Legislativa del Ejército*, n.º 33.

diez y un máximo de cuarenta—, clasificados por niveles —analfabetos, IPI e IPC—, y pasaran de grupo en función de su progreso escolar. Las delegaciones Provinciales de Educación se encargaban de proporcionar libros de texto y de examinar a aquellos soldados que sus maestros consideraban en condiciones de superar las pruebas del CEP⁴¹.

El mando militar no recibió con mucho entusiasmo lo que se le venía encima. Hubo varios oficiales que incluso criticaron abiertamente el Programa de Extensión Cultural en publicaciones oficiales, lo que indica cierta complicidad de los editores y de la cúpula ministerial. Un capitán de Estado Mayor, por ejemplo, alegaba que faltaban locales, material escolar y, sobre todo, que el preparar para el examen del CEP al «enorme contingente» de soldados que carecían de este título «requeriría emplear la totalidad de los oficiales y convertir el Cuartel en una inmensa escuela»⁴².

La siguiente tabla, estructurada por quinquenios y elaborada a partir de los datos de la *Estadística de Reclutamiento y Reemplazo de los Ejércitos*, permite hacerse una idea global del panorama educativo del país entre 1955 y 1974, y observar la magnitud del esfuerzo que la Campaña Nacional exigió a los cuarteles:

TABLA N.º I
 NIVEL EDUCATIVO DE LOS RECLUTAS INCORPORADOS 1955-1974

AÑOS	NÚM. DE RECLUTAS	ANALFABETOS		IPI/IPC		CEP		BACH. ELEM.		BACH. SUP.	
		N.º	%	N.º	%	N.º	%	N.º	%	N.º	%
55-59	769.773	98.076	12,74	418.639	54,38	136.012	17,67	36.387	4,73	80.659	10,48
60-64	551.180	77.452	14,05	254.101	46,10	144.031	26,13	41.562	7,54	34.034	6,18
65-69	833.890	98.667	11,83	301.301	36,13	307.101	36,83	89.064	10,68	37.757	4,53
70-74	972.713	79.295	8,15	233.804	24,04	405.464	41,68	165.857	17,05	88.293	9,08
Total	3.127.556	353.490	11,30	1.207.845	38,62	992.608	31,74	332.870	10,64	240.743	7,70

Aparte de estas cifras globales, existen datos más detallados para determinados años. Por ejemplo, en 1964, cuando se puso en marcha experimentalmente el Programa de Extensión Cultural, se incorporaron a los cuarteles 123.079 reclutas, la mayoría de ellos nacidos en 1942. De ellos, 18.208 eran analfabetos —el 14,79 por ciento—, de los que aproximadamente la tercera parte se consideraron absolutos —no sabían leer ni firmar— y el resto relativos, es decir, incapaces de ejecutar tareas sencillas propuestas por escrito. Otros 45.908 no habían completado la

⁴¹ Orden de 26 de septiembre de 1966, *Colección Legislativa del Ejército*, n.º 51.

⁴² ELETA SEQUERA, Jesús: «La campaña de promoción cultural de adultos en las Unidades militares», *Revista Ejército*, Madrid, 313 (1966), p. 11.

escuela primaria, 43.274 presentaron el CEP, 8.899 el título de bachiller elemental y 6.794 otro título superior.

Entre 1964 y 1968 sólo hay datos regionales de la labor realizada. En los CIR's de la primera Región Militar —que recibían reclutas de las actuales comunidades de Andalucía, Castilla-La Mancha, Extremadura, Galicia y Madrid— la tasa de analfabetos de los reemplazos de 1964 y 1965 —jóvenes nacidos en 1943 y 1944— fue del 20 por ciento, otro 35 por ciento sólo tenía instrucción elemental, un siete estaba en condiciones de presentarse al examen del CEP y el resto —38 por ciento— eran graduados de distintos niveles⁴³.

Conocemos también los resultados del programa en uno de estos CIR's, el de Colmenar Viejo, para los mismos reemplazos: el 16 por ciento continuaban siendo analfabetos al abandonarlo, el 32 con instrucción elemental, el cuatro no habían superado las pruebas del CEP y sólo el diez habían obtenido el certificado en el CIR⁴⁴.

En 1976, a los ocho años de vigencia del Programa de Extensión Cultural, según un estudio realizado en otro CIR, el de Alcalá de Henares, la situación de partida había mejorado notablemente: ya sólo el tres por ciento de los reclutas incorporados eran analfabetos y el once no habían completado la enseñanza primaria, en tanto que el porcentaje de los que se encontraban en condiciones de examinarse del CEP había aumentado al 23 y el de los que estaban graduados al 63. Sin embargo, si analizamos la situación en el momento de su licenciamiento se observan ciertos problemas en la consecución de los objetivos previstos: aunque casi todos los analfabetos se licenciaban sabiendo leer y escribir, sólo un tercio de los presentados consiguió aprobar el examen del CEP y algo más de la décima parte hubo de contentarse con el Certificado de Escolaridad⁴⁵.

Los datos globales ofrecidos por el *Anuario Militar de Estadística* para el período 1968-1986 —únicos años, como ya se señaló, en que hay registros completos del Programa de Extensión Cultural— confirman los anteriores, parciales pero más detallados. Algo menos del cinco por ciento de los 3.805.710 jóvenes que se incorporaron al servicio militar en esos diecinueve años eran analfabetos absolutos o relativos y aproximadamente un tercio de ellos no había completado la enseñanza primaria. Como puede observarse en la Tabla n.º 2 se logró eliminar prácticamente el analfabetismo, pero sólo 503.630 —el 40 por ciento de los presentados a examen— obtuvo el CEP antes de licenciarse.

⁴³ MONGE UGARTE: «La extensión cultural...», *op. cit.*, p. 9.

⁴⁴ GARCÍA HERNÁNDEZ, Alfonso: «Aportación de los Centros de Instrucción de reclutas a la campaña de alfabetización y promoción cultural de adultos», *Revista Ejército*, Madrid, 317 (1966), p. 54.

⁴⁵ MARÍN ROJAS, José: «Un año de extensión cultural en el CIR n.º 2», *ibid.*, 437, (1976), p. 54.

TABLA N.º 2
 PROGRAMA DE EXTENSIÓN CULTURAL 1968-1986

REEMPLAZO	RECLUTAS INCORPORADOS	ANALFABETOS							CEP	
		INCORPORADOS		REDIMIDOS		LICENCIADOS			N.º	%*
		N.º	%*	N.º	%**	N.º	%**	%*		
1968	167.116	15.426	9,23	14.956	96,95	470	3,05	0,28	28.006	16,76
1969	176.221	17.684	10,03	17.275	97,69	409	2,31	0,23	26.916	15,27
1970	195.943	19.680	10,04	19.119	97,15	561	2,85	0,29	25.788	13,16
1971	192.740	19.181	9,95	18.717	97,58	464	2,42	0,24	22.209	11,52
1972	192.772	15.892	8,24	15.365	96,68	527	3,32	0,27	26.632	13,81
1973	191.551	12.740	6,65	11.881	93,26	859	6,74	0,45	23.402	12,22
1974	199.707	11.802	6,62	10.807	91,57	995	8,43	0,50	23.561	11,80
1975	208.035	10.588	5,72	10.380	98,04	208	1,96	0,10	23.674	11,38
1976	208.019	7.970	4,31	7.588	95,21	382	4,79	0,18	24.628	11,84
1977	211.067	8.942	4,70	8.376	93,67	566	6,33	0,27	27.288	12,93
1978	228.404	8.815	4,30	8.401	95,30	414	4,70	0,18	34.216	14,98
1979	231.706	7.052	3,36	6.637	94,12	415	5,88	0,18	34.631	14,95
1980	229.451	5.759	2,79	5.518	95,82	241	4,18	0,10	54.749	23,86
1981	212.437	3.315	1,75	3.120	94,12	195	5,88	0,09	31.018	14,60
1982	217.953	3.331	1,71	3.158	94,81	173	5,19	0,08	25.130	11,53
1983	226.913	3.696	1,81	3.634	98,32	62	1,68	0,03	23.953	10,56
1984	196.199	2.799	1,62	2.663	95,14	136	4,86	0,07	19.509	9,94
1985	174.391	1.940	1,29	1.719	88,61	221	11,39	0,13	17.619	10,10
1986	145.085	1.946	1,53	1.766	90,75	180	9,25	0,12	10.701	7,38
Total	3.805.710	178.558	4,69	171.080	95,81	7.478	4,19	0,20	503.630	13,23

* Porcentaje sobre contingente total del reemplazo.

** Porcentaje sobre número de reclutas analfabetos incorporados.

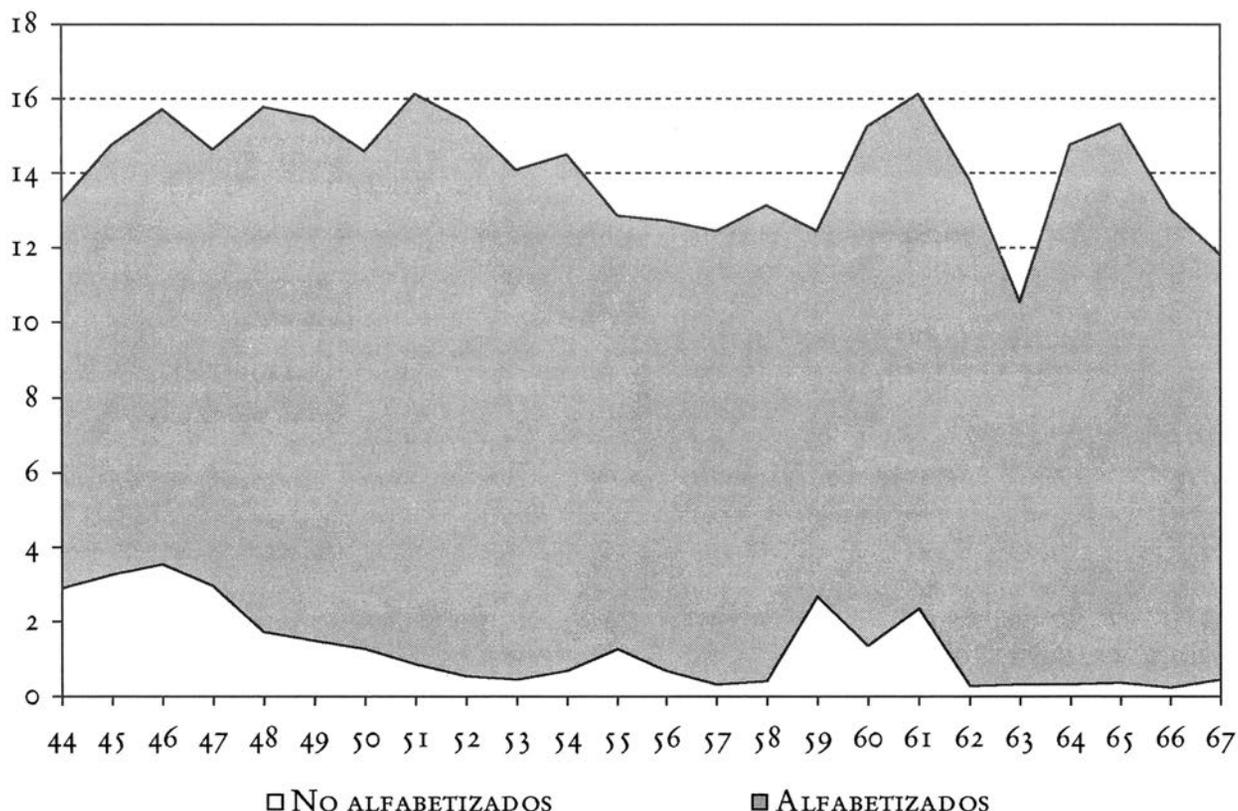
De nuevo existen dificultades a la hora de evaluar el peso relativo de la aportación del servicio militar a la Campaña Nacional de los años sesenta. Los datos estadísticos conocidos de ámbito estatal corresponden a su primer quinquenio de vigencia —1963-1968—, los cuales suman 922.544 hombres y mujeres alfabetizados de un total 1.600.000 analfabetos netos censados mayores de quince y menores de sesenta años, en el caso de hombres, y de cincuenta en el de mujeres, y proclaman que se expidió el CEP a otros 638.155 adultos de las mismas edades⁴⁶.

Al objeto de establecer un término de comparación, y partiendo de la hipótesis de que dos tercios de los alfabetizados y graduados fuesen hombres —colectivo al que se dio prioridad en la campaña—, las cifras anteriores quedarían reducidas a 615.029 alfabetizados y 425.437 graduados.

Según las estadísticas militares, los soldados alfabetizados durante el mismo período fueron 99.191 (el 16,33 por ciento del cómputo anterior), porcentualmente

⁴⁶ MORENO MARTÍNEZ: «De la alfabetización...», *op. cit.*, p. 124.

GRÁFICO N.º 3: RESULTADOS CAMPAÑA ALFABETIZACIÓN



la mitad de los alfabetizados durante la campaña de los años cincuenta. Hay que señalar, no obstante, que el número de analfabetos censados en edad de alistamiento había disminuido en dos tercios —del 11,90 por ciento en 1950 al 4,60 en 1960—, lo que permitiría fijar en el 32 por ciento la aportación real de los ejércitos a la campaña de los sesenta, para esta concreta banda de edades.

Contabilizar el número de graduados durante el servicio militar en el citado quinquenio es más problemático, al no haberse computado ese registro hasta 1968. No obstante, en función de los resultados parciales antes expuestos, podría estimarse que fluctuó entre el 30 y el 40 por ciento de los 290.821 soldados que, sin ser analfabetos, carecían del CEP. Esta extrapolación, de carácter meramente orientativo, permitiría establecer que aproximadamente la cuarta parte de los que aprobaron el CEP en aquel período se formaron en el cuartel y queda pendiente de futuras investigaciones comparar el dato cierto de 503.630 soldados graduados entre 1968 y 1986 con los resultados de los planes estatales de educación de adultos para el mismo período.

Conviene también resaltar otro sustancioso efecto colateral del Programa de Extensión Cultural para el endémicamente mezquino presupuesto educativo del país. Un historiador de lo social ha evaluado que, gracias a aquél, el Ministerio de Educación Nacional ahorró 1.375 millones de pesetas en infraestructuras educativas, sueldos de profesorado y material didáctico durante su primer decenio de

vigencia, pesetas de 1964, que equivaldrían a unos cien millones de euros o 16.000 millones de pesetas de hoy⁴⁷.

Como en tantos otros aspectos, la Ley General de Educación de 1970 marcó un antes y un después en esta materia. Su principal innovación fue la decidida voluntad de imprimir carácter permanente a la educación de adultos y preterir las tradicionales campañas coyunturales, sistemáticas y, por lo general, propagandísticas del regeneracionismo y desarrollismo. No obstante este afán renovador, los objetivos fijados en sus artículos 43, 44 y 45 apenas diferían de los de la Campaña Nacional de Alfabetización y Promoción Cultural de Adultos de 1963: alfabetizar, elevar el nivel cultural mínimo y vincular su currículo al desarrollo económico y social del país.

Hubo que esperar tres años hasta que el ministro de Educación anunciase el finiquito de la anterior campaña —suspendida en la práctica desde 1968— al considerar que había «logrado plenamente sus objetivos»⁴⁸. El ministro pecaba de optimismo voluntarista y su eufórica declaración de finiquito no pasaba de ser otro eslogan más de la literatura oficial del franquismo. Aquel mismo año se incorporaron al servicio militar 367.333 veinteañeros; de ellos, 831 eran analfabetos absolutos, 2.953 relativos y 56.845 no habían completado la enseñanza primaria, es decir, la desviación de los citados «objetivos» para esta banda de edad fue del 16,50 por ciento⁴⁹.

Estos porcentajes no variaron sustancialmente hasta finales de la década de los ochenta, cuando se empezaron a advertir los beneficiosos efectos de la generalización de la Enseñanza General Básica. Sin embargo, en los llamamientos incorporados después de 1990 nunca dejó de haber un mínimo remanente de reclutas analfabetos, otra pequeña bolsa con nivel de instrucción básica incompleta y una notable proporción de jóvenes carentes del título de Graduado Escolar. Por ejemplo, en el año 2000 todavía se incorporaron al servicio militar 1.167 soldados prácticamente analfabetos —el 1,14 por ciento— y otros 3.682 —3,60 por ciento— con mínimos conocimientos de lectura, escritura y cálculo.

Las anteriores circunstancias aconsejaron prorrogar el Programa de Extensión Cultural, una vez adaptado a la normativa reguladora de la educación permanente de adultos⁵⁰. Así, el Plan General de Instrucción y Adiestramiento de cada ejército incluyó cada año un anexo dedicado específicamente a su implantación y desarrollo, que proponía alcanzar los siguientes objetivos durante el servicio militar:

- a) Que todo soldado al obtener su licencia pueda obtener el certificado de Escolaridad, que acredite el ciclo superado de las enseñanzas de adultos equivalentes a la EGB.

⁴⁷ LOSADA MÁLVAREZ: «El Ejército, escuela...», *op. cit.*, p. 12.

⁴⁸ Orden del Ministerio de Educación y Ciencia de 26 de julio de 1973 por la que se instaura el programa de Educación Permanente de Adultos y se regula provisionalmente su desarrollo (BOE de 14 de julio).

⁴⁹ *Estadística de Reclutamiento y Reemplazo de los Ejércitos. Año 1973*, Madrid, Ministerio del Ejército, 1974, p. 23.

⁵⁰ El renovado Programa de Extensión Cultural se ajustó a las «Orientaciones Pedagógicas para la Educación Permanente de Adultos a Nivel de Educación General Básica», contenidas en la Orden del Ministerio de Educación y Ciencia de 14 de febrero de 1974 (BOE de 5 de marzo).

b) Sin detrimento de la Formación Militar, y con carácter voluntario, se faciliten, a ser posible, por las FAS, los medios necesarios para que los soldados puedan acceder al título de Graduado Escolar⁵¹.

Para facilitar el programa educativo de las Fuerzas Armadas, la Dirección General de Educación Básica reconoció desde 1981 las evaluaciones realizadas en los centros militares de educación de adultos, siendo sometido su currículo a la supervisión de la Inspección Técnica provincial.

En los últimos años, a partir de 1995, el Programa de Extensión Cultural, sin que se modificaran sus objetivos ni su formato, pasó a formar parte del llamado Plan de Calidad de Vida de la Tropa, cuya principal finalidad era mejorar la aceptación del servicio militar entre la población⁵².

Los datos sobre educación de adultos en el servicio militar posteriores a 1986 no figuran en las publicaciones estadísticas del Ministerio de Defensa. Es muy de agradecer, por tanto, la ayuda prestada por la Dirección General de Reclutamiento y Enseñanza Militar para facilitarlos, lo que ha permitido la elaboración de la Tabla n.º 3.

Los registros que figuran en ella bajo el epígrafe «Nivel educativo» corresponden a la evaluación de las mismas pruebas A y B utilizadas para clasificar a los soldados desde 1964 en función de la formación escolar recibida⁵³. Este proceso se realizaba durante el período básico de instrucción y, una vez incorporados los soldados a sus destinos definitivos, los clasificados en los dos niveles inferiores estaban obligados a recibir una hora de clase diaria dentro del horario de instrucción, impartida por los maestros que estuvieran prestando el servicio militar. La asistencia a clase de quienes desearan preparar las pruebas para la obtención del título de Graduado Escolar era voluntaria e impartida durante su tiempo libre.

Con respecto a los resultados del esfuerzo educativo realizado —cuantificados bajo el epígrafe «Ciclos superados»— no es tan fiable la información disponible como la anterior, pues desde 1994 se advierte un cambio de criterio en su cómputo que dificulta seriar el conjunto y aconseja considerar estas cifras como orientativas.

Las siglas utilizadas corresponden a los grupos de clasificación previstos en los Planes de Instrucción vigentes en los últimos años, que se ajustaban a los niveles de la antigua Educación General Básica (EGB):

- Grupo 1.º Sin instrucción básica (SIB).
- Grupo 2.º Con instrucción básica incompleta (IBI), equivalente a 1.º y 2.º de EGB.
- Grupo 3.º Con instrucción básica completa (IBC), equivalente a 3.º, 4.º y 5.º de EGB.
- Grupo 4.º Preparación inmediata para la obtención del título de Graduado Escolar (PGE), equivalente a 6.º, 7.º y 8.º de EGB.
- Grupo 5.º Título de Graduado Escolar, Enseñanza Media y Superior.

⁵¹ IG 6/93 EME (3.ª Div.). *Plan General de Instrucción y Adiestramiento*, Madrid, Estado Mayor del Ejército, 1993, anexo XXIII, hoja 1.

⁵² Resolución 114/1995 de 27 de julio, *Boletín Oficial del Ministerio de Defensa*, n.º 153, e IG 4/95 EME (3.ª Div.). *Plan General de Instrucción y Adiestramiento*, Madrid, Estado Mayor del Ejército, 1995, anexo X, hojas 7-12.

⁵³ Cfr. notas 38 y 39.

TABLA N.º 3
 EXTENSIÓN CULTURAL 1995-1999

AÑOS	CONTIN- GENTE	NIVEL EDUCATIVO					CICLOS SUPERADOS			
		SIB	IBI	IBC	PGE	TOTAL	IBI	IBC	PGE	TOTAL
1986	145.085	1.827	4.421	3.786	25.778	35.812	4.521	4.005	27.286	35.812
1987	222.340	837	3.057	4.062	27.495	35.451	1.888	2.509	31.054	35.451
1988	217.697	1.104	3.661	4.835	27.571	37.171	3.022	3.482	30.667	37.171
1989	216.715	583	2.645	4.012	28.649	35.889	2.103	3.101	30.685	35.889
1990	220.400	488	2.784	3.415	30.847	37.534	2.152	2.729	32.653	37.534
1991	216.685	370	1.836	2.622	27.423	32.251	1.239	1.746	29.266	32.251
1992	209.243	1.400	4.103	4.072	23.540	33.115	1.997	2.618	28.500	33.115
1993	221.786	1.929	5.619	5.920	23.191	36.659	2.713	3.014	30.932	36.659
1994	210.822	1.326	3.541	16.401	10.286	31.554	1.961	5.084	3.806	10.851
1995	225.300	1.464	3.519	10.415	15.245	30.643	1.956	2.261	3.679	7.896
1996	217.557	2.473	9.378	18.977	21.696	52.524	5.586	5.290	5.322	16.198
1997	194.333	2.194	6.968	12.274	14.542	35.978	4.184	3.946	3.568	11.698
1998	150.306	1.894	6.599	10.455	75.940	94.888	1.455	3.862	7.474	12.791
1999	136.969	1.458	3.795	5.301	39.607	50.161	877	2.127	4.215	7.219
2000	102.214	1.167	3.682	5.439	35.607	45.895	711	1.984	3.637	6.332
Total	2.907.452	20.514	65.608	111.986	427.417	625.525	36.365	47.758	272.744	356.867

La Formación Profesional en el Ejército

El 1 de enero de 1850, cuando las administraciones públicas no sentían grandes inquietudes por la formación profesional de los obreros españoles, el brigadier Elorza organizó una escuela de aprendices en la Fábrica de Cañones de Trubia, en Asturias, que impartía conocimientos de tecnología y ciencias aplicadas a los hijos de los obreros del establecimiento⁵⁴.

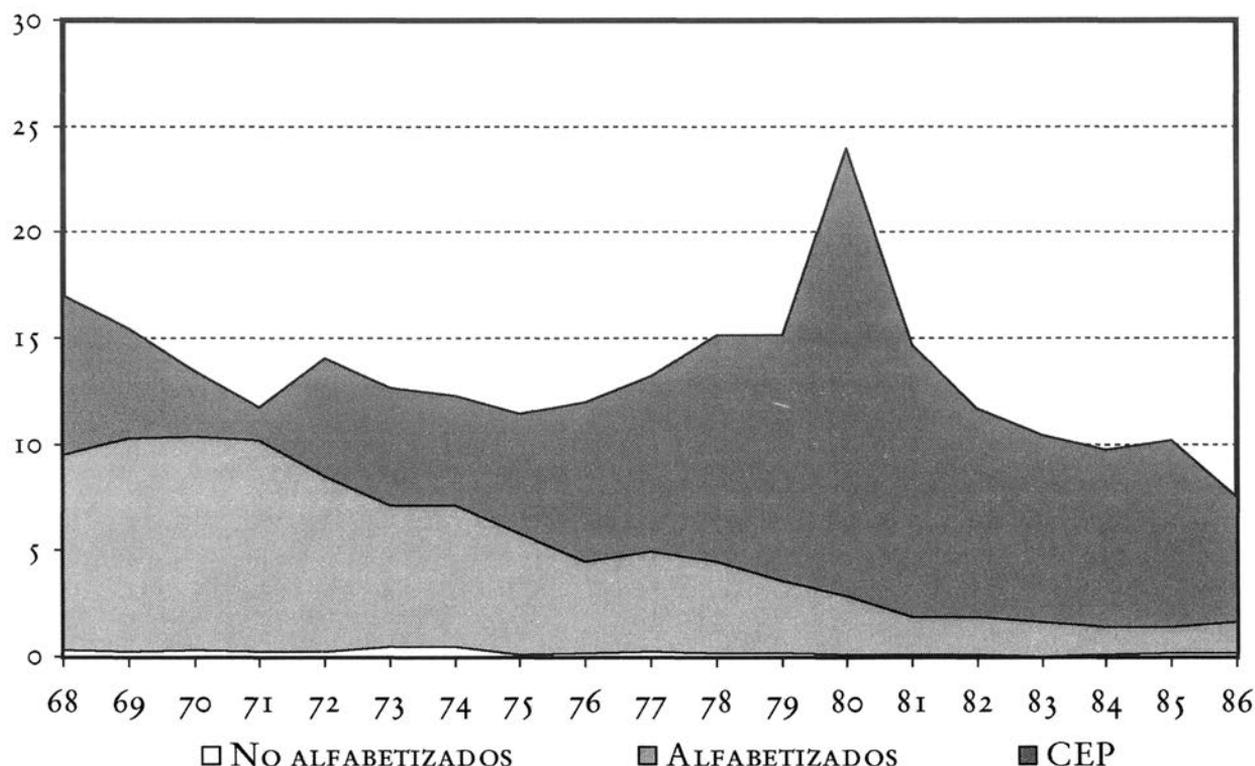
En 1875, se crearon centros similares en el resto de fábricas y maestranzas de Artillería, que el regeneracionismo noventaochista convirtió en Escuelas de Artes y Oficios y la Dictadura de Primo de Rivera denominó Escuelas de Formación Profesional Obrera de la Industria Militar⁵⁵. El ambiente militarista de la primera época del Franquismo reafirmó su autonomía «en un ambiente de disciplina militar»⁵⁶, pero a partir de 1955 las escuelas se fueron segregando de los centros fabriles

⁵⁴ BERENGUER LEÓN, Fernando: «El Ejército como iniciador de la formación profesional industrial de España», *Revista Ejército*, Madrid, 441 (1976), p. 69. Sobre otros aspectos de los orígenes de la enseñanza industrial en España, cfr. MONTERO PEDRERA, Ana: «Origen y desarrollo de las Escuelas de Artes y Oficios en España», *Historia de la Educación*, Salamanca, 17 (1998), pp. 319-330, y CANO PAVÓN, José M.: «La Escuela Industrial de Vergara (1848-1860)», *ibid.*, 19 (2000), pp. 225-248.

⁵⁵ CASTILLO, Rafael del: *Un ensayo de organización del Régimen Interior en la Escuela de Formación Profesional Obrera de la industria civil en la Fábrica de Armas de Oviedo*, Oviedo, Covadonga, 1947, p. 5.

⁵⁶ Cfr. Reglamento de las Escuelas de Formación Profesional Obrera en la Industria Militar de 28 de mayo de 1940, *Colección Legislativa del Ejército*, n.º 191.

GRÁFICO N.º 4: RESULTADOS PROGRAMA EXTENSIÓN CULTURAL



que las habían alumbrado y adaptaron sus currículos al de formación profesional reglada establecido con carácter general por el Ministerio de Educación Nacional, que equiparó sus títulos a los FP-1 y FP-2 entonces homologados⁵⁷.

Aunque aquellos centros iban dirigidos casi exclusivamente a cubrir las plantillas de las fábricas militares, demuestran la preocupación de los oficiales de Artillería e Ingenieros decimonónicos por la formación profesional. Preocupación que el regeneracionismo generalizó y produjo algunas iniciativas dirigidas a mejorar la formación «agrícola e industrial» de la juventud durante su estancia en el cuartel, para que «conozca el arado moderno, símbolo de la nueva agricultura, y la existencia de máquinas que ahorran fuerzas humanas, dignas de emplearse en otros fines que el trabajo animal»⁵⁸.

Tras la Guerra Civil, la tradición se mantuvo y diversos regimientos organizaron pequeñas escuelas de formación profesional, sin amparo oficial alguno. Ha quedado escasa constancia de estas iniciativas, de carácter local y financiadas con fondos casi clandestinos. Los únicos rastros que existen son los testimonios de sus promotores, que salieron a la luz cuando los Planes de Desarrollo dieron rango ministerial a esta tarea. Así, conocemos por ejemplo que el Grupo de Automóviles de Canarias patrocinó una escuela de mecánicos, que formó 75 soldados por

⁵⁷ BERENGUER LEÓN: «El Ejército como iniciador...», *op. cit.*, p. 70.

⁵⁸ MARTÍN Y PEINADOR, León: *El Ejército ha de ser el sostén de la Patria y escuela principal de regeneración del País, en los conceptos agrícola e industrial*, Segovia, Imp. Provincial, 1903, p. 22.

año en la década de los cincuenta. Su director se ufanaba de que la mayoría de los pequeños talleres del archipiélago eran propiedad de aquellos soldados⁵⁹. También sabemos de la labor realizada en los Regimientos de Ferrocarriles, donde se formó la mayoría de los trabajadores de RENFE⁶⁰.

La única y principal preocupación de los responsables de la enseñanza castrense había sido formar especialistas en unidades y centros militares para cubrir las propias necesidades de los ejércitos, aunque fuese una realidad que el servicio militar había ayudado a redimirse del peonaje a muchos soldados, que aplicaron a la vida civil, después de licenciarse, lo que habían aprendido en el cuartel.

Cuando el Estado comenzó a dar importancia a la especialización de la mano de obra, el Ministerio del Ejército contabilizó que, entre 1940 y 1960, el servicio militar había contribuido a la formación de 400.000 conductores de vehículos ligeros, 200.000 de vehículos pesados, 100.000 mecánicos de automóvil, 25.000 especialistas en electrónica y electricidad, y unos 10.000 obreros especializados en diversas actividades de interés civil: cocineros, encofradores, fontaneros, guarnicioneros, panaderos, sastres, tapiceros, etc.⁶¹.

A semejanza de lo sucedido con las escuelas militares de analfabetos, la política de formación profesional en las Fuerzas Armadas tomó nuevo rumbo a comienzos de la década de los sesenta. Hasta entonces el mando militar no se había planteado, ni ninguna instancia social se lo había requerido, la posible implicación institucional en los diversos esfuerzos realizados para elevar el nivel profesional de la población española: ni en los promovidos por iniciativa privada desde los primeros años del siglo XX, ni en los patrocinados por el Estado a partir del Estatuto de Enseñanza Industrial de 31 de octubre de 1924⁶².

Sólo desde 1962, a instancias del Ministerio de Trabajo, los ejércitos se involucraron en la campaña de formación profesional dirigida por la Gerencia Nacional de Promoción Profesional Obrera (PPO), organismo creado por el primer Plan de Desarrollo.

El Gobierno pretendía, como había ocurrido con el Programa de Extensión Cultural, valerse del servicio militar obligatorio para colaborar en la tarea de transformar 1.132.000 peones en obreros especialistas de los sectores industrial y de servicios, y reconvertir 600.000 jornaleros del campo en tractoristas. El objetivo, tal vez demasiado ambicioso y nunca alcanzado, respondía, no obstante, a una tremenda realidad educativa y social:

Tres cuartas partes de la población escolar sólo reciben Enseñanza Primaria. Tres cuartas partes de cada generación de españoles están condenados irremediablemente, si no hacemos algo para evitarlo, a la condición de peones o braceros. Tres cuartas partes de la población española viven marginados de la sociedad y forzados a sentirse permanentemente insolidarios con ella⁶³.

⁵⁹ AYALA ZAMORA, José: «Promoción profesional militar», *Revista Ejército*, Madrid, 361 (1970), p. 65.

⁶⁰ GUERRAS GALLEGU, Ángel: «La Promoción Profesional Obrera (PPO) en el Ejército español», *ibid.*, 358, (1969), p. 9.

⁶¹ *Ibid.*, p. 10.

⁶² SOTO CARMONA, Álvaro: «La enseñanza general y profesional en España desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1936», *Universidad y Sociedad*, Madrid, 5 (1982), p. 229.

⁶³ *Programa de Promoción Profesional Obrera (Planteamientos)*, Gerona, Cámara de Comercio e Industria, 1964, p. 22.

Por lo que respecta a las Fuerzas Armadas, en una primera fase, hasta marzo de 1965, se tomó la decisión de formar a los soldados después de terminar las actividades cuarteleras, es decir, por las tardes de cinco a nueve, en el centro de Formación Intensiva Profesional (FIP) que hubiera en la guarnición, centros ubicados en Universidades Laborales, Escuelas de Maestría Industrial y otros establecimientos dependientes de la Organización Sindical y de la Iglesia⁶⁴.

El rendimiento fue escaso y el coste muy elevado, pues era preciso prolongar la jornada del profesorado, mantener abiertos los centros y transportar a los alumnos. Esta situación se mantuvo algo más de tres años y sólo se formaron 5.681 soldados, menos del cinco por ciento de los posibles candidatos —los que tenían el CEP—, a una media de 30 alumnos por curso y a un coste de 35.000 pesetas por alumno⁶⁵. La Tabla n.º 4 muestra el panorama de la primera fase de los programas de Formación Intensiva Profesional, en los que participaron soldados:

TABLA N.º 4
FP EN CENTROS EXTERNOS 1962-1965

AÑO	CONTINGENTE	CEP		FIP		
		N.º	% *	N.º	%*	% **
1962	128.086	24.516	19,14	600	0,47	2,45
1963	106.491	32.703	30,71	375	0,35	1,15
1964	123.079	43.274	35,16	3.527	2,87	8,15
1965 ^{***}	39.403	15.049	38,19	1.179	2,99	7,83
Total	397.059	115.542	29,10	5.681	1,43	4,92

* Porcentaje sobre contingente total del reemplazo.

** Porcentaje sobre número de soldados aptos para cursar FP.

*** Primer trimestre.

Fuente: *Anuario Militar de Estadística*, 1963-1966.

Los pocos resultados obtenidos aconsejaron modificar el planteamiento y se optó por adecuar los elementales talleres que hubiera en los cuarteles y echar mano de oficiales y suboficiales para impartir un programa de formación profesional acelerada, en el marco general del de Promoción Profesional Obrera (PPO), pero adaptado a las exigencias del servicio militar, que recibió el nombre genérico de Promoción Profesional en el Ejército (PPE).

El PPE, cuyos resultados globales figuran en la Tabla n.º 5, se consideró tan beneficioso que el II Plan de Desarrollo, aparte de destacar la importancia de sus resultados —«la formación profesional de los reclutas representa el 50 por ciento de los

⁶⁴ ARTERO SOTERAS, José: «El Ejército y las Universidades Laborales», *Revista Ejército*, Madrid, 286 (1963), p. 32 y MORA SÁNCHEZ, Lucio: «Cursos de formación intensiva profesional para las Fuerzas Armadas», *ibid.*, 305, (1965), p. 41.

⁶⁵ GUERRAS GALLEGU, Ángel: «Los cursos de Formación Profesional Obrera en el Ejército», *ibid.*, 316 (1966), p. 17.

efectivos formados por el sistema PPO»—, le fijó objetivos —68.000 alumnos para el cuatrienio 1968-1971— y le dotó de presupuesto independiente del del PPO⁶⁶.

El PPE consiguió reconvertir laboralmente a algo menos de la quinta parte de los soldados que podían acceder a este tipo de enseñanza: exactamente 122.689 jóvenes de los 144.340 matriculados, el 85 por ciento. Se establecieron 128 escuelas en 63 ciudades, capaces de formar simultáneamente a unos 5.000 alumnos en 52 especialidades. Los cursos más solicitados fueron los que capacitaban como soldador, electricista, en las facetas doméstica e industrial, y tractorista agrícola.

El coste por alumno se redujo en un tercio hasta presupuestarse en 8.500 pesetas, incluido el sobresueldo que cobraban profesores y monitores (75 pesetas/hora), con la ventaja añadida de que les liberaba del vejatorio pluriempleo, tan característico de aquella época. El 85 por ciento del personal docente eran militares profesionales: los profesores, oficiales auxiliares del Cuerpo de Armamento y Construcción, y los monitores, suboficiales especialistas. El 15 por ciento restante se cubría con personal laboral destinado en Bases de Automóviles y Parques de Artillería⁶⁷. Cuando no existía personal idóneo para impartir determinadas especialidades, como ocurría con la de tractoristas agrícolas, la Gerencia del PPO organizó cursillos para capacitar al profesorado, en colaboración con empresas del sector⁶⁸.

TABLA N.º 5
 PPE 1965-1975

AÑO	CONTINGENTE	CEP		PPE		
		N.º	%*	N.º	%*	%**
1965***	118.210	45.148	38,19	5.871	4,97	13,00
1966	166.235	67.303	40,49	12.915	7,77	19,19
1967	166.241	51.839	31,18	14.765	12,70	28,48
1968	167.116	59.780	35,77	17.223	10,31	28,81
1969	176.221	67.982	38,48	14.681	8,33	21,59
1970	195.943	77.036	39,31	12.900	6,58	16,74
1971	192.740	79.523	41,26	13.201	6,85	16,60
1972	192.772	86.311	44,77	14.253	7,39	16,51
1973	191.551	77.681	40,55	14.005	7,31	18,03
1974	199.707	84.913	42,52	13.325	6,67	15,69
1975	208.035	91.889	44,17	11.201	5,38	12,19
Total	1.974.772	804.454	40,74	144.340	7,31	17,94

* Porcentaje sobre contingente total del reemplazo.

** Porcentaje sobre número de soldados aptos para cursar PPE.

*** Segundo, tercero y cuarto trimestres.

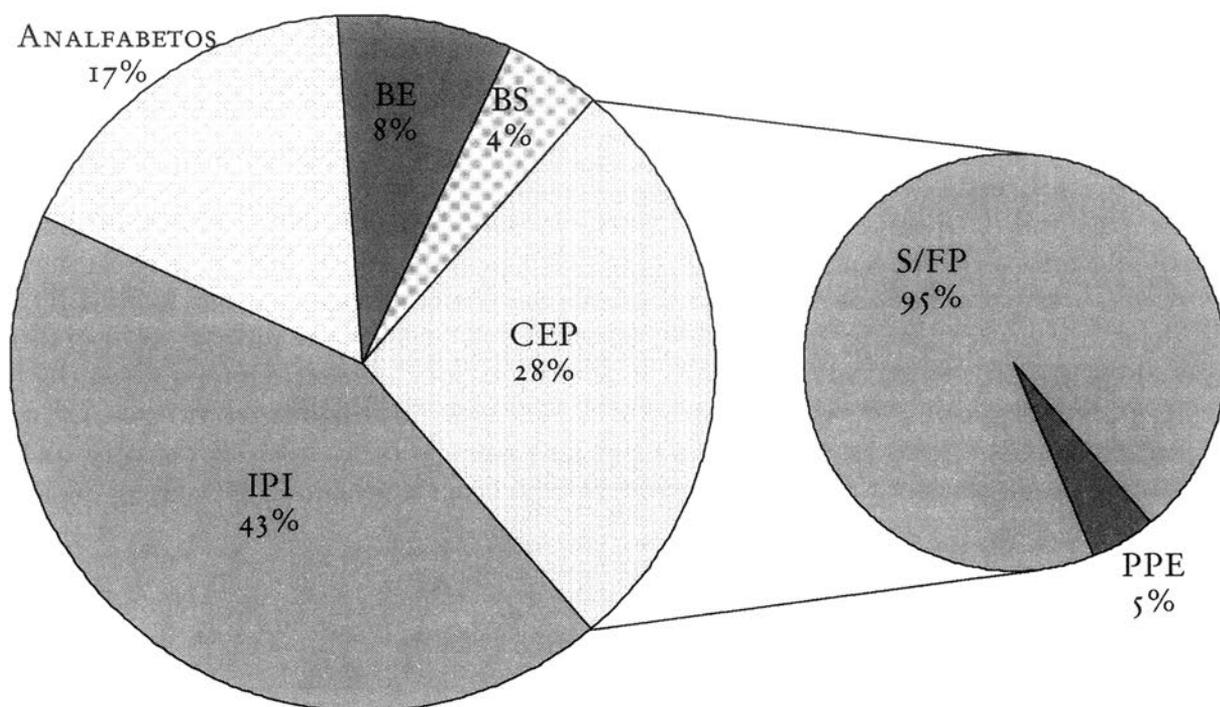
Fuente: *Anuario Militar de Estadística*, 1966-1976.

⁶⁶ *Enseñanza y Formación Profesional. Anexo al II Plan de Desarrollo Económico y Social. Años 1968 a 1971*, Madrid, Comisaría del Plan de Desarrollo, 1967, pp. 61, 119 y 186.

⁶⁷ GUERRAS GALLEGOS, Ángel: «Los cursos de Promoción Profesional Obrera en el Ejército», *Revista Ejército*, Madrid, 311 (1965), p. 49.

⁶⁸ PÉREZ MORIANO, Lucio: «El primer curso de instructores y monitores tractoristas agrícolas», *ibid.*, 303 (1965), p. 38.

GRÁFICO N.º 5: PPE 1962-1965 I: 5.681 SOLDADOS



El PPE tampoco fue recibido con excesivo agrado por los militares. Cada vez más profesionalizados, consideraban que aquello no era su cometido. El general Díez-Alegría tachó el programa de discriminatorio, por beneficiar a muy pocos soldados, ineficaz, porque la mayoría de los licenciados se reintegraron al mismo puesto de trabajo que tenían al alistarse, e inapropiado, porque si sobraba tiempo hubiera sido preferible acortar la mili⁶⁹.

Cuando en 1982 Díez-Alegría expresó esta opinión hacía años que la escalada del desempleo juvenil había jubilado al PPE y los quebraderos de cabeza del Ministerio de Defensa iban por otros derroteros. Con la Transición desaparecieron muchos tabúes ancestrales, entre ellos cualquier asunto relacionado con las Fuerzas Armadas, y uno de los temas que más se cuestionaron fue la vigencia y necesidad del servicio militar obligatorio.

Tras quince años de debate, el 31 de diciembre de 2001 se licenciará el último soldado de reemplazo, con lo que se cerrará el proceso de plena profesionalización de la tropa iniciado en 1996. Durante este período, el Ministerio de Defensa hubo de hacer frente a dos retos sucesivos para nutrir las plantillas de tropa de las Fuerzas Armadas. Hasta 1988, año en que se alistaron los primeros soldados profesionales, fue preciso neutralizar la opinión de que el servicio militar era una pérdida de tiempo, opinión compartida por gran parte de la sociedad. A partir de esa

⁶⁹ DÍEZ-ALEGRÍA, Manuel: «Prólogo», en JARNÉS BERGUA, Enrique: *Ejército y cultura*, Madrid, Forja, 1982, p. 5.

fecha y más desde 1996, el énfasis se puso en hacer más atractivas las convocatorias de plazas para cubrir puestos de soldado voluntario y profesional.

Las Fuerzas Armadas, como se ha visto, contaban con una larga tradición en impartir cursos de formación profesional, por lo que los responsables ministeriales acudieron a esta fórmula para intentar resolver la situación. El esfuerzo se orientó a convencer a los jóvenes de que las ofertas educativas y las titulaciones civiles y militares a que tendrían acceso durante su permanencia en el cuartel, ya fuera por imperativo legal o de forma voluntaria, les ayudarían a mejorar su formación y acceder a trabajos mejor remunerados.

TABLA N.º 6
 PREPARACIÓN FP-I

AÑO	UNIDADES	CURSOS	ALUMNOS	TÍTULADOS	%
1990	11	22	373	203	54,42
1991	22	44	948	426	44,94
1992	28	56	1.544	700	45,34
1993	40	80	1.523	743	48,79
1994	51	102	2.337	956	40,91
1995	57	114	2.884	1.247	43,24
1996	79	158	3.694	1.367	37,01
1997	81	166	3.740	1.400	37,43
1998	88	171	4.539	1.613	35,54
1999	110	189	5.338	2.079	38,95
2000	104	193	4.809	1.868	38,84
Total	671	1.275	31.729	12.602	39,72

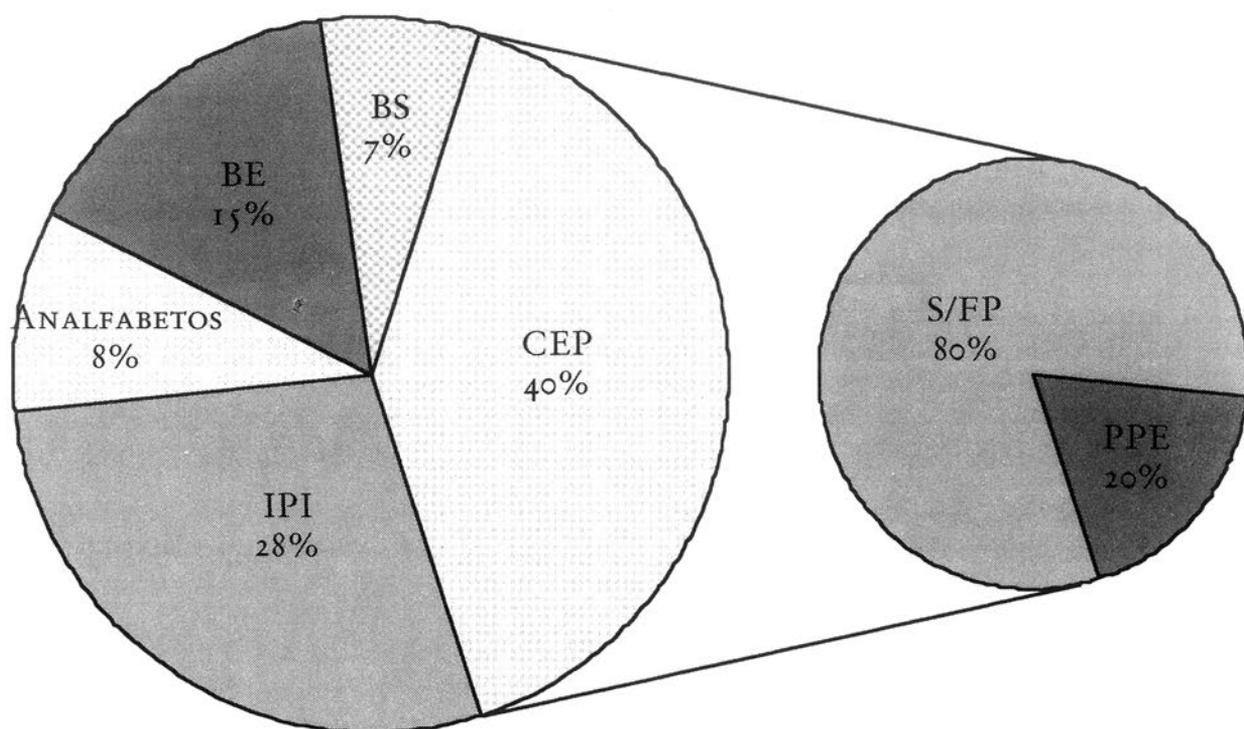
Fuente: *Fuerzas Armadas Profesionales. Formación y especialidades*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2000.

Al tiempo que se potenciaba el Programa de Extensión Cultural ya reseñado, el Ministerio de Defensa empezó a programar cursos piloto de enseñanza no escolarizada de preparación para el examen de técnico auxiliar, y en 1989 ocho unidades los ofertaron a sus soldados. Hasta el presente año académico se habían realizado cursos presenciales en 16 especialidades de FP-I, reforzados por otro de enseñanza a distancia. La Tabla n.º 6 resume los datos ofrecidos por la Dirección General de Reclutamiento y Enseñanza sobre el número de unidades participantes, cursos realizados y alumnos matriculados, de los que algo menos del 40 por ciento se titularon.

En 1990, el Ministerio de Trabajo puso en marcha el Plan Nacional de Formación e Inserción Profesional (Plan FIP), para paliar el desempleo juvenil. El artículo 9.º del Real Decreto que lo implantó contemplaba la posibilidad de que la tropa cursara la denominada «formación ocupacional» en centros homologados, ubicados en unidades militares, y reconocía las «certificaciones de profesionalidad» que expidieran⁷⁰. La Tabla n.º 7 registra, con los mismos parámetros que la anterior, los cursos de 300 horas realizados hasta la fecha.

⁷⁰ Real Decreto 1618/1990 de 14 de diciembre (BOE del 19 de diciembre).

GRÁFICO N.º 6: PPE 1965-1975: 144.340 SOLDADOS

TABLA N.º 7
FORMACIÓN OCUPACIONAL

AÑO	UNIDADES	CURSOS	ALUMNOS
1990	8	40	600
1991	8	40	600
1992	94	150	2.700
1993	100	267	4.520
1994	89	195	2.925
1995	70	176	2.640
1996	72	179	3.077
1997	79	170	3.312
1998	83	173	2.766
1999	77	172	2.662
2000	80	205	3.157
Total	760	1.767	28.959

Fuente: *Ibid.*

Cuando en 1996 se emprendió el camino hacia la plena profesionalización de la tropa, el Ministerio de Defensa consideró prioritaria su reinserción laboral y la

Subdirección General creada exclusivamente con este objetivo decidió valerse para lograrlo de los cursos de formación ocupacional, cuyo éxito estaba avalado por seis años de experiencia.

Estos programas no han rendido tantos beneficios como se esperaba. Por una parte, el Ministerio de Trabajo y las Comunidades Autónomas con competencias transferidas pusieron trabas a la matriculación de este tipo de alumnos, porque los soldados profesionales no tenían formalmente la consideración de parados⁷¹.

Tampoco cubrieron las expectativas de los profesionales, al no proporcionarles titulaciones reconocidas por el MEC ni por la Unión Europea, y estar los certificados circunscritos al territorio de la Comunidad Autónoma que los había expedido. Aparte, la tropa profesional debía abandonar sus bases con excesiva frecuencia por maniobras, participación en OMP's, etc., lo que estorbaba su asistencia regular a clase.

No es descartable que en un futuro próximo el Ministerio de Educación apruebe la propuesta del de Defensa para que se reconozca a la tropa profesional la titulación de «Técnico en Defensa», equiparada al nivel FP-I. La concesión de este título permitiría el acceso de soldados y marineros a estudios de nivel superior en la vida civil y también que pudieran presentarse a las oposiciones de ingreso en diversos centros de enseñanza militar, cuyos programas y titulaciones están totalmente homologados con el sistema educativo general.

⁷¹ El Consejo de Estado ha fallado recientemente a favor del Ministerio de Defensa en el contencioso que mantenía con el de Trabajo para que la tropa profesional se pudiera incorporar al Plan FIP.